

sericordia y vuestro poder sin límite. No estoy encadenado á ningún vicio y no puedo ofrecer en holocausto su sacrificio. Dedicaré la mitad de mi fortuna á una obra piaçosa. Me privaré de mi mayor placer: el tabaco, y no fumaré ni un cigarrillo mientras viva.

Y terminada su promesa alzóse de la *chaise-longue* y escuchó un momento. Ni un ruido.

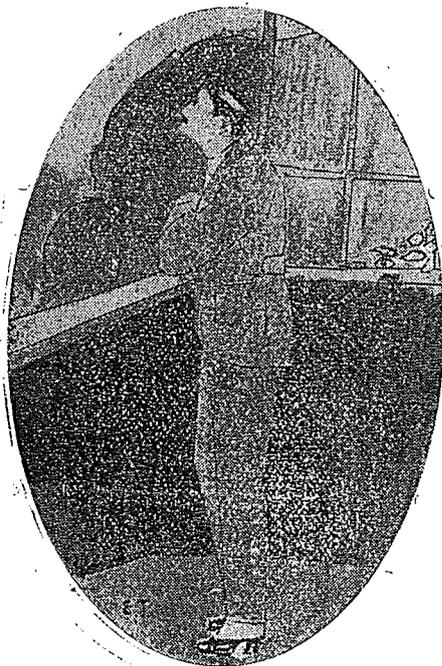
Encaminóse á la alcoba de la enfermita. Junto á la cabecera, sentadas, las dos hermanas de Rosa María, —la muerta— velaban á Rosina que parecía más tranquila. Interrogó con la mirada. Dijéronle que reposaba hacia una hora y él comprobó que, aunque rápida y fatigosa la respiración, parecía dormir. No se quejaba, al menos, con aquel grito agudo que se le incrustase en los oídos unos días antes.

Salió. Fué al gabinete. En la galería sintiera fundirse algo muy tierno dentro del pecho, pensó en el milagro, llegó la esperanza á su corazón y tuvo deseos de llorar.

Los amigos habíanse retirado ante la mejoría de la nena, prometiendo volver en la mañana siguiente:

En un reloj de pared, sonaron dos campanadas.

Era el mes de Julio y por el balcón abierto miró al jardín. Bajo el plenilunio, la noche era de plata y el cielo tenía un azul maravilloso, inimitable.



Sólo en la estancia, habíase acodado sobre el barandal de piedra y su espíritu estaba tan serenado, que dos horas antes creyéralo imposible.

Sacó la pitillera de oro; abierta, iba á tomar un cigarrillo, cuando recordó la promesa... La guardó de nuevo.

De pronto, rasgando trágicamente el silencio de la noche, llegó á su oído aquel grito agudo de Rosina; más agudo y más trágico que nunca.

Corrió hacia la alcoba. Al llegar, en la puerta, su cuñada Esther le detuvo:

—¿A dónde vas ya?

Alfredo, quedóse inmóvil.

—¿Ya...?

Y tembloroso, balbuciente:

—¿Pero Rosina, no dormía ahora...?

—Sí. Duerme ya, en definitiva.

—¿Ya?— Apenas dijo, temeroso.

—¡Ya!— Confirmó sollozando Esther.

Cruzó rápido la galería, hacia el balcón del jardín. Su cuñada le siguió presurosa, adivinando un loco pensamiento de su exaltación; y cuando decidido encaramábase á la balastrada para hacer un salto mortal hasta el jardín, contívole ella:

—Estás enloquecido. Cálmate.

Y reteniéndole por un brazo:

—Alfredo, es una locura del momento. Piensa en tí mismo... ¡en todos!

—¿Todos? ¡Qué me importan!

Y tras unos segundos, como recordando súbitamente algo importante, sumergió la mano en un bolsillo del que sacó la pitillera de oro, y de ella, un cigarro de papel.

Lo encendió con prisa y fumando con ansia, miró al azul prodigioso de la altura, florecido en chispas de brillantes y arrojó hacia el cielo las primeras bocanadas de humo, con fuerza, con ira, con rabia: como quien escupe...

Julián MORALES RUIZ.

Para «Pero Grullo»

## MADRIGAL

Oí tu voz... y su armonioso acento  
lo llevo impreso en la memoria mía;  
¡él supo deshacer mi cruel tormento  
y supo hacer más dulce mi agonía!

Mujer hecha de luz y de poesía,  
deja que vaya á tí mi pensamiento  
como van hacia el mar los grandes ríos;  
si tus sueños semejan á los míos,

déjame que te quiera  
que el querer no es pecado, ni es tortura,  
es la lágrima pura

que resbala y oscila  
de los ojos de Dios en la pupila,  
para ser inmortal aunque no fuera

Miguel SÁNCHEZ DE MIGALLÓN.